

## Reflexiones sobre el viaje

L tren silba, con insistencia dolorosa, y después se adentra en la lluvia y en la noche. Deja la Gare du Nord con gran agobio de hierro y quejido de frenos heridos. Un desgonce de aceros y de cosas volcadas.

Taladramos la oscuridad y hay algo de pesadumbre en las cosas vislumbradas, en el cinema opaco de la ventana.

Otra vez rodando, esto es, por fuera. El paisaje tiene una foscura de cementerio. La lluvia va esmerilando los vidrios y pone un cendal a los caseríos, que huyen.

Tienen no sé qué de funerario estos viajes arrancados a la sorpresa y a la noche; estos expresos, cargados de anonimato y de acechancia; este irse del cuerpo, mucho menos intenso que las cabalgatas de la imaginación. Fugarse hacia las realidades y comprobar la verdad de los Baedekers y de los libros, sin que nada nuevo hiera los sentidos vigilantes. El apetito de climas y de almas, la sed devoradora de lo impensado. El tren rueda y cabalga; pero no logra llegar tan allá como deseáramos, hacia esa zona ambigua en que mujeres enigmáticas y perfumes desvanecidos y legendarios nos aguardan con brazos de sombra, ojeras astrales y decoraciones de nieve y fuego. Sólo son las ruedas, patinadoras sobre los rieles; sólo es el mensaje del humo que signa la noche encapuchada. Los astros se han escondido y los álamos parecen torvos delineadores de la tierra húmeda. Las estaciones, con sus heridas rojas de señales, se quedan atrás, carcomidas de igualdad. Más allá, más lejos, donde todavía no se ha llegado, es donde quisiéramos ir.

El viaje toda vez mata algo y cubre con su polvo de realidad la ilusión de las cosas. Partir siempre encierra algo; llegar es hundirse un poco en la simetría humana, en esa rasuradora igualdad de la vida, de los seres, de las almas.

Los barcos y los trenes cifran un valor de esperanza. Se les entrega siempre un poco de nosotros mismos en cada huída.

¿Valdrá más el barco que nunca llega, la espera que se ahonda y se hace una miel de ilusión? ¿Valdrá más la esperanza del naufrago, el encanto del marino que aguarda las mujeres deseadas, el agraz sabor de los pilotos foscos, sepultados en la desvanecida impresión del arribo?

Todo es igual y cada ciudad se nos entrega como una mujer del instante. Después queda un sabor amargo, una aceda esterilidad.

El lenguaje musculoso de las capitales sólo nos da el aspecto exterior de los seres y de las cosas, agregando una derrota al cortejo polvoroso.

¿Por qué este encanto? ¿A qué obedece — no obstante — tal obstinación de seguir? Debe ser por lo que no logramos, por todo aquello que se cambia y salta los paisajes. Mañana tal vez, decimos. En otra parte, hallarás esa colmada satisfacción, ese huidizo matiz que hoy no has conseguido sino de un modo imperfecto y desteñado.

Realmente, el corazón nuestro es una ruinosa constelación de harapos. Si los climas estropean el cuerpo, de una peor manera se caen los frutos del alma, hasta que una sequedad agria nos detiene los vuelos cordiales.

No había percibido — en mi divagar — que los viajeros dormían. Pasamos ya San Quintín, ciudad tatuada por la guerra última, que cayó en el vientre del campo con arado de destrucción.

Los hombres detentan un sueño especial en los barcos y en los trenes. Parece, en algunos, un sueño optimista, anticipador de lo que verán, que dará algo de las caricias aguardadas y de los deseos contenidos. El sueño es la cifra del deseo. Siempre entraña el índice del hombre. Todo lo que pasa después solo se puede justificar por los sueños. En algunos hay un anhelo que surca el rostro y lo pinta enigmáticamente. El sueño de otros representa un arquero de punzadoras sensaciones. Se cae maduro de las manos y suele rodar. Se pasa a otras expresiones, que la angustia quiebra o desmonetiza.

El sueño de los soldados en los trenes es un sueño rojo, hinchado de vino y deseo.

En otros el sueño es efímero. Los pitos de las estaciones, el agonizante jadeo de las máquinas y los gritos de los aduaneros, lo irisa de sobresaltos. Las fronteras malbaratan los sueños y disipan su encanto rodador. En los trenes bulle un encanto de entrega, de resignada confianza en dejarse llevar. ¡Habrà sorpresa mayor que cruzar el destino y despertar en Lieja, saltando Lovaina, o en la frontera de Holanda! Los trenes nocturnos arrastran un cortejo de somnolientos, de dormidos absurdos, en cuyas facciones la vida ha grabado todas las animalidades, las más seductoras inocencias y el burguesismo inofensivo de los viajantes. El viaje se daña sólo por los viajantes y los turistas. Debía viajar por profesión, como debían darse cédulas de vago a los que nada quieren hacer con las burocracias, las oficinas y las grisuras fabriles.

Yo, a veces, no duermo por atisbar a los durmientes. Así deben acechar los ladrones de joyas y los asaltantes de trenes. Las vibraciones mejores del hombre las sorprendemos en ese

dulce abandono. A los amigos traidores y a las mujeres hipócritas se les cae ese gesto habitual, esa ambigüedad que nos punza de duda. ¡Cuán sincera es esta otra expresión que tumbó a la máscara cotidiana y puso carmines de avidez a la cera del fariseo!

Rodamos, rodamos entre una carga de hombres que se duermen, más allá de las cosas y de las verdades, más lejos aun que el tiempo y que los astros, donde no se pone el sol de la imaginación y donde hay mujeres anhelantes, acechanzas sobrehumanas y donde los deseos ruedan, tropiezan y se hacen polvo.

Los corazones se ponen de pie, avanzan sigilosos y colocan su sinceridad mientras se duerme. La fuerza también se hace temida y podemos sentirla como una flor astral. La ambición, la codicia, la lujuria atropellada. También la dureza, esa costra del alma, suele despojarse de su aspecto recio.

Afuera llueve. La lluvia completa el sueño y lo alegra. Cuando se duerme y se siente la lluvia que cae sobre la dura tierra, se baña el descanso de alegría. Algo de egoísta hay en esa animalidad del que reposa seguro, mientras los mendigos y los vencidos se ponen lívidos de frío, en otra parte, allá donde no hay misericordia. Abrimos una ventanilla y entra una ráfaga punzante, entre revuelo de cortinas. La noche se está desmayando y unas rayas tenues preludian el alba. Una frescura holandesa nos conmueve y desazona.

Aun quedan algunos viajeros que reposan. Disfrutan del último descanso antes de arribar. Parecen decuplicar la satisfacción de ese postrer sopor descabezado en un expreso. El alba ha cambiado las expresiones macilentas. Brota animalidad con el despertar y huye la mueca primaria, quizá la más sincera.

Son otros hombres, que extienden los músculos y animan la expresión. Han dejado junto al hatillo de cansancio, esa sinceridad que no captamos en el habitual consorcio de los salones, de los comercios y del amor.

El sueño de los hombres en los trenes es aún más sincero que el de los que duermen en los barcos. En los barcos hay un pedazo más íntimo para escudar de acechanza a la *personalidad*.

En los barcos domina un ritmo más grato, se cobija el alma bajo la pureza del mar, amigo de lo grande no obstante los puertos, que desean captarlo y empequeñecerlo. El sueño de los hombres a bordo es un sueño libre y humano, sin fatiga ni humildad. Es el gran sueño, el precursor del descanso verdadero, que empieza más allá de donde acaban estos reposos efímeros. El sueño mejor de todos debe ser el gran sueño en el lecho del mar, de donde no se vuelve, y donde hay algas y caracolas.—R I C A R D O A. L A T C H A M.